

ELSA PUNSET

El león jardinero



DESTINO

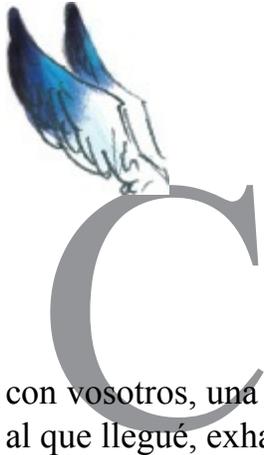
Índice

Portada
Dedicatoria
El león jardinero
Mapa
Notas
Créditos

*Para F.
Semper in pectore nobis domus*

(PISTA)





Conozco a un león que tiene los ojos azules como el mar. Tal vez os parezca un poco extraño que un león no tenga los ojos del color de la miel dorada o de las castañas relucientes... Pero este león, que vive en mi corazón, es especial. Por eso quiero compartir su historia con vosotros, una historia que empezó en un rincón polvoriento y algo borroso de África al que llegué, exhausto y hambriento, un atardecer de otoño...



Todo empezó semanas antes, cuando el invierno asomó su nariz en Europa y empezaron las migraciones... Pero, ¡un momento! ¿Habéis oído hablar de las migraciones? Así se llaman los largos viajes que hacemos algunos pájaros para encontrar un lugar agradable en el que pasar el duro invierno. Los humanos que yo conozco no migran, calientan sus casas para resistir el frío. Yo en cambio recorro miles de kilómetros en bandada a través de mares y desiertos para pasar cada año el invierno en un lugar cálido y tranquilo. Y algunos os preguntaréis: ¿merece la pena volar miles de kilómetros para encontrar, durante sólo unos meses, un nuevo hogar? ¿Merece la pena soportar peligros y un gran cansancio? Ciertamente, muchos pájaros prefieren quedarse en casa sumidos en el invierno y esperan, pacientes y congelados, el regreso del buen tiempo y de la comida abundante. Pero yo, tras disfrutar de la primavera y del verano del norte, cuando el invierno asoma su frío aliento y mis pajarillos están al fin criados y han echado a volar, me siento libre y fuerte para volar paciente junto a cientos de miles de pájaros hacia los sabores, los olores y el calor de África. ¡Me estremezco sólo con recordarlos! A mitad de camino hacemos un largo y delicioso alto en una isla en medio del mar para recuperar fuerzas y engordar un poco antes de retomar el viaje. Y al fin, tras varias semanas más de vuelo, llegamos al sur de África, mi segundo hogar. Y es aquí, en esta llanura africana, donde empieza la historia que os quiero contar...

No podía con mi alma cuando llegamos a la llanura, al atardecer. ¡Estaba exhausto! Así que me acurruqué en el bosque de bambúes salvajes donde se había refugiado la bandada para reponer fuerzas hasta el día siguiente. La noche pasó veloz como un aleteo. Desperté, y con el frescor del amanecer llené mis ojos con la luz dorada de la llanura, bebí el agua del rocío y acallé el hambre con unos mosquitos sabrosos de patas largas que revoloteaban a ras de tierra.



¡Estaba impaciente! Os diré por qué. Tengo un nido en África, en un rincón de la pradera. Es un nido pequeño y discreto, un refugio perfecto porque, a menos que sepas mucho de nidos, no llama la atención y nadie lo ocupa. Estaba deseando encontrarlo, pero no creáis que encontrar un nido escondido en un árbol en una pradera inmensa es tarea fácil. En la llanura no hay calles ni direcciones, y aunque cada árbol y cada colina sean un poco diferentes a los demás, tardas en orientarte... Y es que cuando llegas a África después de la neblina apacible y monótona de los países del norte, te deslumbran la luz y la inmensidad y te sobrecogen los sonidos estridentes que atraviesan el aire caliente como las garras de un felino. Pero al cabo de unas horas, cuando el sol te atraviesa las plumas hasta calentarte los huesos y contemplas las nubes de extraños insectos que saben a gloria, ya sabes por qué has querido volar hasta aquí...

Esa mañana, como os estaba diciendo, salí en busca de mi nido. Siempre —y aquél era mi cuarto viaje a África— había logrado reencontrarlo. A veces me costaba más, a veces menos, pero los pájaros, como los humanos, tenemos un instinto especial para encontrar las cosas que nos importan. No sabría explicar bien qué es, sólo puedo deciros que es como si escuchase la llamada de mi nido desde dentro, como si un hilo invisible nos conectase. Claro que no siempre lo consigo a la primera: si estoy desconcentrado, o si estoy hambriento o triste, entonces no siento mi nido. ¿No os pasa a vosotros? Imagino que, como a mí, os cuesta sentir las llamadas de las cosas que os importan cuando estáis inquietos, tristes o enfadados. Para relajarme, yo hago esto: me poso tranquilo en una rama alta donde no haya monos, ni serpientes, ni pájaros ruidosos como los periquitos, que me desconcentran. Entonces contemplo la llanura y me lleno de los colores, los olores y el horizonte tembloroso. No pienso en nada concreto, sólo siento y me dejo llevar. Así es como lo hago, sin forzar los recuerdos del nido ni dejar que me invada el miedo a no encontrarlo. Poco a poco crece la llamada y cuando ya la siento más clara, sin prisa alzo el vuelo y la sigo. Y hasta hoy, así es como siempre he conseguido reencontrar mi viejo nido.

Aquella mañana no fue diferente a las demás. Elegí un árbol desgarrado y solitario, me posé en una rama alta y me dejé llevar. Sur, suroeste..., de árbol en árbol, me fui orientando poco a poco en esta inmensidad amarilla y verde que llamo mi hogar en África. Reconocí los rincones de la pradera que había sobrevolado el año anterior y evité los lugares más inhóspitos, como las entradas de las madrigueras más escondidas y las rocas donde viven familias de serpientes. No sabría deciros si el tiempo que tardé fue corto o fue largo, pero recuerdo que el sol estaba ya bien alto en el cielo cuando encontré mi nido, disimulado y protegido entre dos ramas altas cruzadas como los dedos de una mano. Es un nido estupendo y canté de felicidad. Era una mañana perfecta.



Os cuento eso de que era una mañana perfecta y me río al hacerlo, porque en ese mismo momento... ¡se me vino el mundo encima! Ocurrió lo siguiente: volaba veloz hacia mi nido cuando a punto estuve de darme de narices con el ser más terrible que os podáis imaginar. ¡Era un enorme gato! ¡Gigantesco! ¡Espantoso!... Sí, sí..., era de esos que llaman «leones» en África. En mi casa del norte, los leones viven en zoológicos y allí os puedo asegurar que no dan tanto miedo. En África, en cambio, los leones viven en la

pradera y mandan mucho. Pues, justo debajo de la rama que alberga mi querido nido, dormía un león inmenso... ¿Qué podía hacer? ¿Quién iba a fiarse de un árbol a cuyos pies vivía un león gigante?

Revoloteé nervioso alrededor de mi árbol sin atreverme a llegar hasta el nido. De haber entrado, ¿quién sabe si ese león hubiese podido trepar y atacarme? Preferí observar antes de arriesgarme, porque sé por experiencia que, a veces, si simplemente esperas y observas encuentras una solución. Y la solución llegó cuando el león al fin se despezó, agitó su gran crin al viento y se alejó de mi árbol. Imaginad con qué alegría volé entonces hasta mi nido y con qué alivio me metí dentro. Durante horas, lo limpié y lo reparé. Ahora por fin sí que sentía que había llegado a casa para pasar unos meses cálidos y seguros.

Traía el pico lleno de pequeñas pajas doradas para tapan un agujerillo y darle así los últimos retoques al nido... ¡Y entonces ocurrió otra vez! Al acercarme a mi árbol vi que el león se había instalado allí de nuevo. Mis ánimos decayeron en ese momento: si un león regresa dos veces seguidas al mismo árbol, probablemente sea porque se ha encaprichado de ese árbol y lo considera su casa. Suspiré, solté las pajas y me posé en un árbol vecino para poder pensar tranquilo.



Ésta era la situación: mi árbol y mi precioso nido no eran sólo míos. Allí vivía también aquel gigantesco gato traicionero. Bien, ¿cuántas posibilidades había de que el león llegase hasta mi nido? ¿Qué pensáis vosotros? Yo, cuando estoy agitado, respiro hondo porque eso me tranquiliza. Así que respiré hondo. Entonces me di cuenta de que había pocas posibilidades de que ocurriese lo peor. El león era grande y el nido muy pequeño. Había que trepar para llegar hasta allí. Y aquel león, constaté, ya no era tan joven. Era un león de crin ciertamente magnífica pero un poco descolorida. Ese león ya habría vivido lo suyo. Habría reído y habría llorado, habría comido pájaros para bromear, habría trepado a las ramas bajas de los árboles para asustar algún mono travieso y sin duda habría tonteado con las leonas a lo largo y ancho de la llanura. Y ahora, ese león tenía seguramente mejores cosas en las que emplear su tiempo que en comerme a mí, un pajarillo desgarrado, silencioso y muy educado. Me animé además al percatarme de que, para poder hincarme el diente, el león tendría que zamparse el nido entero, que por cierto formaba una bola compacta de barro y ramitas secas y crujientes que me llenaba de orgullo, pero no podía creer seriamente que ningún león, sobre todo uno tan majestuoso y tranquilo como ése, quisiese llenarse la boca con un nido seco y duro.



Y así me fui calmando. Esperé a que el león se alejase de nuevo de mi árbol rumbo a no sabía dónde y me instalé definitivamente en mi nido. Si las cosas se ponían feas, siempre podía regresar con el resto de la bandada a los bambúes salvajes. No estaba sin techo, por así decirlo. Yo suelo visitar a la bandada todos los días para enterarme de los cotilleos de la llanura y charlar y cantar un rato a gusto con ellos, pero prefiero vivir por mi cuenta: soy un pájaro reposado y me agobian un poco el ruido y el ajeteo del bosque de bambúes salvajes. Es cuestión de carácter.

Durante los siguientes días mantuve un ojo atento sobre mi nuevo e indeseable compañero de árbol. Pero, como había previsto, el león resultó ser un vecino tranquilo. No intentó trepar al árbol, aunque a veces hincaba sus uñas en la corteza con grandes rugidos. Con el paso de los días me fui envalentonando y alguna vez pasaba volando debajo de las narices del león y me metía en el nido con el corazón palpitando para ver cómo reaccionaba. Pero él ni me miraba. Parecía no importarle nada lo que yo pudiese hacer por encima de su majestuosa cabeza. Así que poco a poco me fui relajando.

Al cabo de un tiempo compartíamos el árbol sin molestarnos. Yo salía largas horas a tomar el sol en mi rama preferida. Hasta empecé a alegrarme de la presencia del león porque tenía, como comprobé pasados unos días, una ventaja clara: le quitaba las ganas a cualquier mono o serpiente de trepar hasta nuestro árbol. Así que lentamente, sin casi darme cuenta, empecé a apreciar la presencia de mi compañero y a interesarme por él. Y a medida que le fui perdiendo el miedo, me fijé en detalles de su vida que despertaron mi curiosidad. Sus costumbres empezaron a intrigarme. En algunas cosas, me parecía que el león no era como los demás leones. Por ejemplo, me tenía intrigado el color de sus ojos, azules, como si en ellos se reflejase de golpe todo el cielo de la llanura. Tal vez vosotros hayáis conocido a un león de ojos azules en los zoológicos de los países del norte, pero

para mí era la primera vez. Cuando mi león de ojos azules se desperezaba y dejaba vagar su mirada vigilante y profunda por la llanura, yo le contemplaba desde mi rama. Había que reconocerlo: el león era impresionante.

Con el paso de los días me fui dando cuenta de que mi león dormía menos de lo que suelen dormir los leones. Apenas hacía unas breves siestas reparadoras tras comer sus presas y después, en vez de seguir durmiendo o aseándose, desaparecía camino de la laguna. ¿Adónde iba? ¿A la laguna a beber? Nunca había visto un gato que bebiese tanto...

Era extraño.

Os preguntaréis por qué me interesaba yo de repente por la vida del león. ¿Es que no tenía nada mejor que hacer que espiar a un gato gigante? Bueno, algo de razón tenéis, pero ya sabéis lo fácil que es acostumbrarse a las cosas buenas. Ya no me deslumbraba tanto la luz de África. Había conseguido recuperar mi nido y mi rutina de cada año, beber el agua del rocío, cazar los sabrosos mosquitos de patas largas que tanto me gustan, revolotear por la llanura... Esa vida relajada, sin responsabilidades ni pajarillos que criar, me parecía muy agradable, claro, pero también, os lo he de confesar, un poco aburrida. Yo soy un pájaro observador y curioso. Y también, para qué negarlo, me sentía un poco solo. En África, excepto por las visitas diarias que hago a la bandada de pájaros que vive en los bambúes salvajes, no tengo amigos. En general no me importa demasiado, porque éstos son meses especiales en los que la vida que me rodea es tan exuberante que me divierto simplemente observándola. Pero los sentimientos, como la luz y los colores, brotan mucha fuerza en la llanura y nada me hubiese gustado más que compartirlos con un buen amigo...



Tal vez por eso, un día en que el desayuno había sido abundante y en que mi nido no necesitaba ningún cuidado, decidí seguir al león para intentar descubrir el misterio de sus desapariciones. Las leonas habían cazado bien aquella mañana y el león acababa de ponerse las botas desayunando debajo del árbol. Relamió sus enormes bigotes manchados, se tumbó pacíficamente a pleno sol y se quedó dormido. Le observé atentamente porque sabía que la primera siesta del día era siempre la más corta y que pronto, con un enorme bostezo que mostraría esos dientes afilados de los que tan orgulloso parecía estar, el león se pondría en marcha hacia quién sabe dónde... Decidí que, en ese momento, saldría volando tras él...



Nunca puedes saber qué día será especial. Siempre te sorprende. Te levantas cada mañana como si tal cosa y de repente tu vida cambia. Aquél fue un día especial. Cuando pienso en ese día, me doy cuenta de que los anteriores fueron como una larga espera que me llevó hasta ese momento que cambió mi vida. Fue el tiempo que necesitamos, el león y yo, para encontrarnos de verdad. Hasta ese día, aunque vivíamos en el mismo árbol, aunque compartíamos el mismo espacio, no existíamos el uno para el otro. No sabíamos qué nos hacía reír o llorar, qué nos gustaba comer o qué momento del día era nuestro preferido. ¿Acaso no son éstas preguntas importantes? ¿Por qué nunca las habíamos intentado contestar? No sabíamos nada importante el uno del otro. Ahora me parece un poco insensato que un león y un pájaro puedan convivir en un árbol sin cruzar una palabra. ¿Acaso los pájaros y los leones no necesitan ternura y compañía? ¿Pensáis tal vez que nos gusta a los leones y a los pájaros estar solos, horas y horas, sin intercambiar una palabra amable con nadie? Os diré esto: ojalá pudiese recuperar ahora el tiempo que perdí entonces mirando al león de reajo, silencioso y asustado. Ojalá hubiese aprovechado aquel tiempo, aquellas primeras semanas, para acumular las risas y los colores con los que ahora lleno de recuerdos especiales cada día de mi vida.

Aquella mañana esperé pues algo impaciente a que el león despertase y echase a andar. Al fin, lento y majestuoso se encaminó hacia la laguna donde van los animales al amanecer y al anochecer a reponer fuerzas con el agua. Por cierto, ¿os he contado que el agua es un bien preciado en estas tierras? A algunas tierras les falta el sol, pero a otras les falta el agua. En África, los animales y las personas caminan largo tiempo, a veces horas y días, para encontrar agua. Pero a medida que transcurre el verano africano, la laguna se va secando. Eso es soportable para mí porque me contento con el agua del rocío, y antes de que el calor apriete hasta secar incluso el rocío, regreso al norte de

Europa, donde el agua es abundante. Pero los animales que se quedan en África me cuentan que hay años en que las lluvias son tan débiles y el verano tan largo que la laguna apenas ofrece más que un poco de barro donde se revuelcan los hipopótamos...



En fin, que revoloteando llegamos a la laguna, desierta a esas horas. Me posé sin ruido en una rama baja mientras el león levantaba su crin al aire y olfateaba. No se escuchaba ni un ruido, sólo el rumor del viento suave en las ramas y los grillos que cantaban a destajo. Entonces el león rebuscó tras unos matorrales hasta que sacó de allí un viejo cubo oxidado y, agarrando el asa por la boca, lo sumergió en el agua de la laguna. Cuando el cubo estuvo bien lleno, nos pusimos en camino de nuevo. El león arrastraba el cubo a través de los matorrales, un lugar donde yo nunca me aventuro porque esconde serpientes traicioneras y extraños ratones gigantes. Más allá de los matorrales, a lo lejos, al otro lado de la colina, a veces incluso retumban los disparos de los cazadores... Afortunadamente nos detuvimos mucho antes, en un pequeño claro en la colina.



Puedo cerrar los ojos y es como si estuviese allí, viéndolo. Era un lugar encantador pero algo insólito, como si lo hubiesen arrancado con esfuerzo al bosque de matorrales. Detrás de un murete blanco había un resto de jardín que probablemente había pertenecido a la casa en ruinas que se alzaba frente nosotros. Allí había vivido alguien hacía muchos años, alguien que había mimado aquel precioso pequeño jardín. Me refugié en la rama media de un tupido eucalipto plantado a la entrada del jardín y observé a cierta distancia mientras el león desaparecía tras el murete blanco...

Aunque él estaba justo debajo de mi rama frondosa, no podía verle y estiraba el cuello para intentar seguirle con la mirada, cuando de repente se alzó su voz...

—Ya he llegado —canturreó el león con una voz de barítono grave y algo ronca—. Ya estoy aquí, con vuestra agua...

¡Nunca, en todos mis años de vida, hubiese creído que un temible y gigantesco gato pudiese canturrear de aquella manera! Me erguí atónito. Pero lo más extraordinario llegó entonces, porque se alzó un coro de voces que llenaron el aire de suspiros y arrullos de

satisfacción.

—¡Bienvenido! ¡Hoy llegas más pronto que de costumbre!

—Es que la caza de las leonas se dio bien y, como hace calor, pensé que podía adelantarme —repuso amablemente el león.

¿A quién le hablaba el león? ¡Agudicé la vista pero no veía nada!

—¡Por aquí, por aquí, león, date prisa! —exclamaron algunas voces por encima de los murmullos—. ¡Estamos sedientas!

Yo escudriñaba entre las hojas de la acacia sin lograr discernir lo que había allí abajo...



—Si os falta agua —aseveró el león con voz poderosa— iré a por más. Hoy tengo toda la mañana para vosotras. No quiero que le falte agua a ninguna. Incluso, si lo deseáis, puedo espolvorear gotas al aire para que limpiéis el polvo de vuestros pétalos... Así...

Y un reguero de gotas, que también me salpicó a mí, se esparció por el aire, levantando a su paso más exclamaciones y risas. Estiré el cuello agarrado a la rama todo lo que pude y al fin logré ver cómo el león inclinaba su cubo hacia... ¿Os lo vais a creer? ¿Lo estáis adivinando? ¡El león, ese gigantesco gato, hablaba con un parterre colorido de flores parlanchinas y alegres! Las regaba sonriente, apoyando con sumo cuidado sus garras enormes entre las flores del jardín.

—Ay, rey león —gorjeó la más atrevida de todas ellas, una preciosa amapola salvaje—, no me tires agua a los pétalos, que ya se encarga el aire de dejarlos pulidos...

Me froté los ojos y sacudí la cabeza un par de veces para asegurarme de que no estaba soñando, hasta que de una sacudida... ¡perdí el equilibrio!

Podéis imaginarlo: esquivé el murete blanco pero caí de bruces entre las flores. Soy ligero y me hubiese escabullido sin ruido, pero me delató el chillido de una margarita blanca con la que tropecé. Retrocedí de un salto y me enredé en una trepadora de grandes flores moradas que me envolvió como una red. Lo reconozco, perdí los nervios, pié, agité las alas sin precaución alguna y me enredé cada vez más. Las flores, al verme hacer el ridículo, se echaron a reír sin ninguna consideración.

Y de repente, una zarpa enorme se abatió a mi lado.

Cerré los ojos aterrorizado porque creí que el león me iba a engullir de un bocado..., pero no pasó nada y, al entreabrirlos, vi que su cara enorme me observaba de cerca. Su aliento tibio me envolvía.



—¿Quién eres? —me dijo con un rugido soterrado—. ¿Por qué nos espías?

Amigos, hubiese querido salir volando, pero estaba aterrado y atrapado. Sin embargo, un extraño pensamiento cruzó mi mente y me dio fuerzas: no debía de ser tan malo como parecía, aunque fuese gato, un león que segundos atrás había mirado con tanto cariño a aquel montón de flores polvorientas.

—Estaba contemplando las flores... —pié con tono lastimero, pero no me dio tiempo a seguir.

—¿Has venido a molestar a mis flores? —interrumpió el león amenazante.

—¡No! —protesté indignado—. ¡Si yo no como flores!

Un coro de voces estalló en protestas y carcajadas.

—¡Miente, miente, seguro que quería picotearnos, dale un zarpazo para que aprenda! —chirrió un lirio malhumorado.

—Es un bobo timorato, si no tiene agallas ni para picotear —aseguró riendo una sarcástica lavanda.

—Claro, como tú no tienes pétalos, no te importa si picotea —repuso el lirio con voz crispada.

Por encima del ruido se alzó la voz sensata de un alhelí.

—Es un pajarillo inofensivo y está aterrorizado. ¡Dejadle en paz!

Sin embargo, las risas y las bromas continuaron. Yo me sentía fatal. No soy un pájaro bobo ni timorato y, si me pongo a ello, soy tan capaz de comerme una petunia como cualquier otro, sobre todo si es una petunia roja y reluciente. Pero, por encima de todo, soy un pájaro pacífico. En mi país del norte, los humanos pasan mucho tiempo cuidando de sus flores, por ello evito estropearlas, para no molestar. Así y todo, a punto estuve de darle un picotazo a un rosal engreído que agitaba sus pétalos en mi cara. ¡Pero la mirada del león me frenó en seco!... Me quedé inmóvil y observé que, aunque aparentaba severidad, había un esbozo de sonrisa en su ancha cara de gato. Tenía que intentar hacer algo. Con voz suave, le dije:



—Verás, león, yo no como flores porque sé que hay personas —«incluso hay leones», añadí para mis adentros— que las cuidan y las disfrutan. Soy muy respetuoso con las cosas de los demás. Y ahora, ¿me permites marcharme?

—Mmmmm... —musitó el león torciendo el hocico—. Me temo que no puedo dejarte ir. Eres un pájaro entrometido y podrías contarle a cualquiera de tu bandada dónde viven las flores de la pradera...

Un coro de murmullos alarmados se elevó del parterre. Me di cuenta de que era importante convencerles a todos de mis buenas intenciones.

—Comprendo vuestra preocupación. Pero, león, escucha esto: llevo varias semanas viviendo contigo, en el mismo árbol, en un nido discreto colgado cerca de ti. Puedo enseñártelo ahora mismo si quieres. Así te darás cuenta de que puedes confiar en mí: nunca te he molestado, ni he llevado a nuestro árbol a los pájaros de mi bandada. Quiero seguir siendo tu vecino, me gusta tenerte allí porque espantas a los monos y las serpientes. A cambio, si yo puedo ayudarte en algo, me encantará hacerlo.

Hablé con convicción y honestidad. La verdad es poderosa y logró ablandar el corazón del león.

—¿Vives en mi árbol, dices? ¿Y por qué me has seguido hasta aquí?



Entonces le expliqué al león con todo lujo de detalles cómo había llegado a África hacía unas semanas para pasar allí el verano, cómo lo había encontrado en mi árbol — nuestro árbol— y cómo le había estado observando sin atreverme a hablarle. Pedí disculpas por haberle seguido aquella mañana, pero le aseguré que ese error era fruto de las ganas que tenía de conocerle mejor para poder así convertirme en un vecino agradable.

—Podría, incluso, quitarte algunas de las garrapatas que te molestan en la nuca —ofrecí, recordando cómo se irritaba muchas mañanas intentando arrancárselos—. Y podría servirte para más cosas, como avisarte cuando las leonas van a conseguir una buena presa o vigilar cuando estés regando. Podría ayudarte mucho si me dejas ser tu amigo.



No era un mal trato para un león solitario. A mi león nadie le preguntaba nunca cómo estaba, si necesitaba ayuda para sacarse las garrapatas, si le apetecía compañía para compartir un paseo a la laguna o una noche de luna llena... Nadie cuidaba de él. Un pájaro listo como yo podía resultarle útil y hacerle un poco de compañía.

Cuando uno está seguro de lo que siente, lo expresa con contundencia, y así es más fácil convencer a los demás. Yo quería hacerme amigo del león, lo deseaba con todas mis fuerzas. A medida que hablaba, el semblante del león se fue suavizando hasta que, con un pequeño zarpazo, me liberó de la enredadera. Me refugié en una rama baja y lo miré agradecido.

—Quédate ahí y no molestes —gruñó—. Luego iremos a mi árbol, a ver si todas esas pamplinas del nido son verdad.

Asentí en silencio y durante unos minutos me concentré en alisarme las plumas y quitarme el polvo y el barro del parterre. Al cabo de un rato ya estaba limpio de nuevo y miré al león con curiosidad mientras él arrancaba hierbajos del parterre. Las flores cuchicheaban y reían cuando él pasaba cerca.

—¿Hace mucho que cuidas este jardín? —pregunté con el tono lo más respetuoso que pude.

—Bueno... —replicó el león mientras regaba, sin mirarme—. Un día por casualidad descubrí a las flores, no llovía y ellas estaban cansadas y mustias... Protestaban y llamaban al jardinero que las había atendido hasta entonces, pero yo sabía que él ya no regresaría: fue imprudente y se lo comió un primo mío en la laguna. Encontré el cubo del jardinero y me hice cargo del parterre. Vengo después de comer, cuando los demás están haciendo la siesta, así puedo trabajar tranquilo.



Le miré asombrado.

—¿Vienes desde hace años, sin decírselo a nadie, a cuidar de este jardín?

—Uno tiene responsabilidades —repuso el león con tono arisco—. No me gusta que nadie sufra en mi llanura.

—¿Eres... cómo diría yo... algo así como un león jardinero?

—Bueno —contestó, dudoso, intentando no perder la compostura—. Soy un león... eso es lo primero... siempre... y tal vez, a ratos, soy un poco jardinero.

Y tosió, algo incómodo.

—¿Y por qué tienes que andar escondiéndote? —le pregunté, sin demasiado tacto, pero es que me tenía muy intrigado que un animal tan grande pudiese tenerle miedo a nada.

—Verás... —me dijo el león jardinero, balbuceando un poco—. Es que un león... nosotros no podemos hacer cualquier cosa... tenemos que cuidar nuestra imagen.

Carraspeó un poco y se irguió.

—No me importa lo de ser jardinero si sólo lo saben unos poquitos —zanjó muy serio—. Pero que no salga de este jardín.

Y muy digno, como un verdadero león, me dio la espalda para seguir atendiendo sus flores.



A partir de ese día el tiempo transcurrió deprisa en la llanura. De repente, pasé de ser un pájaro sin ataduras a tener un amigo, un león gigantesco y muy ocupado que me invitaba de vez en cuando a acompañarle. Como mi nuevo amigo me pidió que no revolotease sobre su cabeza porque temía el qué dirán de los demás animales, yo iba discretamente de árbol en árbol, siguiéndole a lo lejos. Y así descubrí que el león no sólo cuidaba de las flores, sino que también administraba justicia en su llanura. Los animales solían acudir a él cuando había que tomar una decisión importante. Las cebras, por ejemplo, le habían pedido ayuda para excavar un túnel que facilitase a sus crías el acceso a la laguna, porque ese año las atacaba con frecuencia un grupo voraz de hienas y de guepardos. Era una obra complicada pero el león reclutó los servicios de un eficaz cerdo hormiguero* que ayudaba a cavar, y cada día con paciencia ponía orden en los turnos y el reparto de trabajo de las cebras.



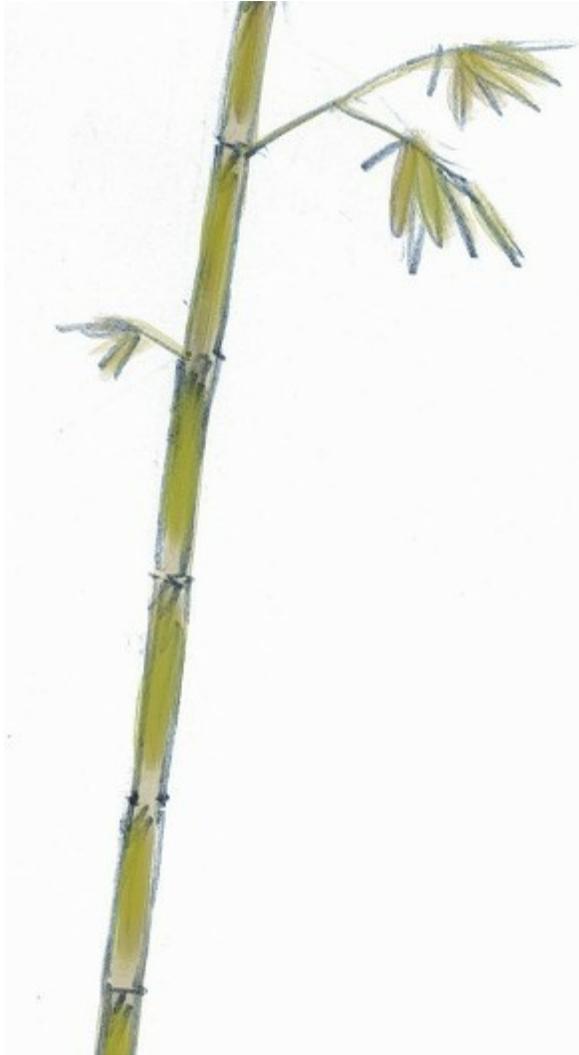
En determinados momentos del día, sin embargo, mi amigo quería estar solo y desaparecía con un tajante «hasta luego». Yo no sabía adónde iba pero, como éramos amigos, nunca más intenté seguirle. Pensaba que el león hacía alguna cosa de las que hacen los leones, cosas que no incumben a un pájaro, de la misma forma que a ratos yo tengo que hacer cosas de pájaros que no incumben a los leones. Así que aprovechaba esos ratos solitarios para mantener ordenado mi nido y visitar la colonia de pájaros que vivía en los bambúes salvajes. Se quejaban de que últimamente yo espaciaba demasiado mis visitas a la bandada. Prefería no contarles mi creciente amistad con el león, sospechaba que no lo entenderían.

Precisamente un día en que estaba piando alegremente con mis amigos en los bambúes, poniéndome al día de todas las novedades, hicieron un comentario que me dejó atónito. Fue así:

—¿Y qué tal es ese gato gigante con el que compartes árbol? ¿Te deja tranquilo? — me preguntó una de las abuelas de la colonia, que tendía a preocuparse siempre por todo.

—Es buena gente —dije en tono conciliador. No quise ahondar en el tema porque los pájaros pueden ser algo desconsiderados cuando están cotilleando en las ramas. Estaba convencido de que todos desconfiarían a la fuerza de mi nuevo amigo. Y razón no me faltaba...

—¿Buena gente, un gaaaato? —exclamaron inmediatamente dos jovencitos que estaban jugando a nuestro lado. Era su primer viaje a África y todavía no sabían que la vida puede estar llena de sorpresas inesperadas. Para ellos, un león era necesariamente un gato enorme lleno de perversas intenciones.



—Sí —repuse—. Pasa mucho tiempo solucionando las cosas de la llanura... A veces incluso le acompaño.

—¡Ah!... —exclamó una de las pájaras más listas de la bandada—. ¡Por eso vienes tan poco a vernos! ¡Tienes vida social en la llanura, y nada menos que con un león!

Todos se echaron a reír, pero entre el alboroto de voces se alzó una aguda que dijo:

—¡Pues yo sé algo que tal vez tú no sepas! ¡Muchas tardes, tu amigo el león se esconde aquí, en los bambúes, con una potrilla!

Ya os he dicho que lo malo de los pájaros es que son muy cotillas. Creo que son capaces de inventar cualquier cosa con tal de seguir charlando.

—Me parece que no sabes cómo son los leones de verdad. No hacen buenas migas con las potrillas. Prefieren comérselas —contesté un poco bruscamente, para zanjar la conversación.

—Pues lo que te decimos es cierto —aseguró tranquilamente una pájara por cierto muy respetable—. Tu amigo el león viene cada tarde a esconderse aquí con una potrilla. Sabe

que somos de fuera y que no vamos a contárselo a nadie de la llanura. Pero les vemos y les escuchamos...

—¿Y qué dicen, si puede saberse? —pregunté, intentando aparentar indiferencia, aunque me latía el corazón aceleradamente...

—¡Están enamorados! —pió una pajarilla excitada—. ¡Hablan de cómo sería compartir el mismo árbol en la llanura!

Eso me pilló desprevenido. ¿El león tenía amores secretos con una potrilla y no me había dicho nada? ¿Y quería llevarla a mi árbol, a nuestro árbol? ¿Por qué no había confiado en mí?



Aquella noche regresé en silencio a mi nido y me refugié allí, tras un breve «buenas noches», sin posarme como acostumbraba en la crin del león. Necesitaba pensar acerca de lo que me habían contado los pájaros.

—¿No vas a quitarme las garrapatas hoy? Hay una que me molesta mucho —dijo el león, un poco sorprendido.

Asomé la cabeza desde el nido.

—Hoy no, tengo que pensar —dije con voz seria—. Los de la bandada me han contado algo raro. No sé si será verdad.

—¿Qué es? ¿Qué habladuría tonta te han contado los pájaros del norte? —replicó con tono algo burlón.

Decidí sincerarme.

—Es sobre ti.

—¿Qué dicen esos entrometidos?

Dudé unos segundos y le solté de un tirón:

—Dicen que te escondes cada día en los bambúes con una potrilla. Es absurdo, ya lo sé, pero todos aseguran que te han visto. Y yo no sé qué pensar.

Esperaba que el león soltase una carcajada ruidosa o un impropio, pero sólo escuché un largo silencio. Y al fin...

—¿Quién lo dice? —resopló lentamente, desafiante.

—Todos, amigo mío. Tú sabrás si es verdad o no, pero me duele un poco que no me lo hayas contado...

Dicho aquello, me retiré a mi nido a dormir. Era más prudente enfriar el tema y no hablar hasta la mañana siguiente...



El día amaneció como siempre, con esa luz suave que enciende poco a poco los contornos y los sonidos de la llanura. Todo va brotando como si pudieses ver la vida crecer. Eso no existe en mi casa del norte, donde la luz es gris y blanca y no hay sombras o agujeros de luz. El león y yo desayunamos cada uno por nuestro lado en silencio, yo revoloteando como si me importase mucho el tamaño de los mosquitos que cazaba, y el león arrancando en silencio bocados a la presa de la mañana. Regresamos algo incómodos a nuestro árbol, él lamiéndose las patas y yo posado en una rama. Al fin, como sé que mi amigo tiene a veces dificultades para expresar sus sentimientos, decidí dar yo el primer paso.

—¿Quieres que te quite la garrapata de la nuca? —pregunté tímidamente.

—Sí —repuso algo serio—. Me ha dado mala noche.

Bajé de un salto y me encaramé al cuello de mi amigo. Delicadamente y en silencio, limpié su nuca. Me gusta hacerlo porque alivio a mi amigo de una garrapata pesada. Y encima son bocados sabrosos, aunque esa mañana reconozco que ya tenía la tripa un poco llena.

—No te hablé de ella porque pensé que no lo entenderías —dijo al fin, de repente—. La conocí hace unos meses, antes de que llegaras tú, cuando empezamos a discutir lo del túnel de las cebras.

Era una potrilla solitaria que vivía en la llanura, algo distinta a los demás animales. Nadie sabía exactamente de dónde venía. La habían adoptado las cebras porque eran, de todos los habitantes de la llanura, los que más se parecían a ella. Era delicada y de apariencia frágil, un poco salvaje.

—La veo en secreto porque los demás no lo entenderían —suspiró el león—. Se supone que debería querer comérmela. Pero me gusta pasar tiempo con ella. Le cuento las historias de la llanura y jugamos al pilla pilla. —Tosió incómodo—. Nos vemos en los bambúes. Creía que era un buen sitio, un lugar discreto.

El león y la potrilla, efectivamente, se escondían en los bambúes, que como sabéis tienen raíces imposibles de arrancar, al tiempo que se dejan mecer plácidamente por el viento, con su línea estilizada... Son fuertes y dulces, bellos y tupidos. Pueden, perfectamente, esconder a leones y potrillas...

—¿Y cómo se llama ella? —le pregunté.

Mi amigo dudó por unos momentos. Se quedó mirando hacia la línea borrosa del horizonte y sus ojos azules, que normalmente eran penetrantes, se hicieron casi transparentes. Luego volvió la mirada hacia mí y se inclinó de repente hasta colocar sus fauces inmensas en mi cabecita. Amigos, he de reconocerlo: en ese momento me sentí un poco incómodo porque el león podía haberme arrancado la cabeza de un bocado. Pero no lo hizo.

Sólo murmuró, muy despacio, el nombre de su potrilla en mi oreja. Eran dos sílabas cantarinas que pronunció con un susurro grave.

—¡Qué bonito! —exclamé, admirativo. Y no lo dije por darle gusto, sino porque era verdad.

El león se irguió majestuoso y sonriente. En sus ojos flotaba algo tierno. Pero su mirada cambió de repente.

—Nadie ha de enterarse —advirtió severamente. Recuerda que tenemos un secreto.



Siguieron desgranándose las semanas, largas y cálidas. A diario compartíamos en silencio nuestras excursiones. Por la noche cuando regresábamos a nuestro árbol, charlábamos largo y tendido sobre lo acaecido durante el día. Fueron los mejores meses de mi vida. Sólo había una sombra en mi verano africano: desde que el león sabía que la bandada de pájaros le observaba, había decidido no regresar a los bambúes. Ahora únicamente veía a la potrilla en el jardín una vez al día, a primera hora de la mañana, cuando los animales estaban ocupados en la llanura. Sus ojos azules brillaban cuando iba a verla por la mañana, pero yo sabía que la echaba de menos durante el día. Se le notaba cuando pasaba la manada de cebras y él las miraba de reojo, y alguna vez, cuando creía que yo no me daba cuenta, se le escapaba un suspiro. Era un león orgulloso y evitaba hablarme de ello, pero como había mucha confianza un día le pregunté:



—¿Y no le duele a tu potrilla no poder verte con tanta frecuencia?

—No —dijo el león sin dudarlo—. Lo tengo todo controlado. He quedado con la potrilla en que no nos vamos a complicar la vida. Sólo nos vemos para reír, para jugar al pilla pilla y para escribir poemas cuando todos están bebiendo el agua de la laguna y no pueden vernos.

—Pero, ¿y cuando no haya agua en la laguna? ¿Qué pasará cuando haya sequía?

Me miró impaciente, como si le estuviese hablando de menudencias y pequeñeces, cosas de pájaro descerebrado.

—Buscaremos alguna otra excusa, o esperaremos con paciencia a que llegue la temporada de lluvias —aseguró agitando su crin al viento. Ah, era un león verdaderamente magnífico, impresionante—. O tal vez podamos vernos, muy de cuando en cuando, en los bambúes, cuando la bandada haya regresado al norte. Ves, eso no lo había pensado... —añadió animándose. Y me guiñó un ojo—. Aunque habré de advertirle a la potrilla que tenga cuidado de que no la siga algún pájaro metomentodo —añadió con una mirada que pretendía ser severa, pero donde brillaban chispas de cariño.

Yo le sonreí.



—Ah —se me ocurrió de repente—. Tal vez, si escribes poemas con tu potrilla en el jardín, te conviertas en un león-jardinero-poeta.

—Uf —contestó él después de considerarlo un momento—. No sé si estoy preparado para ser tantas cosas a la vez. Me parece un poco de lío.

Yo lo veía clarísimo.

—No creo que puedas evitarlo —le dije—. Si quieres tener cosas hermosas, tienes que cuidar de ellas. No vale un león cualquiera, uno que no sepa recitar versos, para una potrilla enamorada. Habrás de ser también león poeta.



—Depende —aseguró mi imponente amigo—. La clave está sin duda en no complicarnos la vida. La potrilla es inteligente y lo comprenderá.

Bajó un manto de silencio cómplice entre nosotros mientras se preparaba otro anochecer. Después del frenesí de la tarde, todo callaba poco a poco. La paz era muy grande y me sentía bien al lado de mi amigo. Mi corazón se llenó de ternura mientras meditaba sobre sus últimas palabras. Al cabo de un rato sacudí la cabeza porque, no sé qué os parece a vosotros, pero de repente yo tuve claro que mi amigo se equivocaba y le dije despacio, con todo el cuidado que pude:

—A mí me parece, león, que si le abres tu corazón a la potrilla, te vas a complicar la vida, lo quieras o no...

Me fulminó con una mirada indignada, como la que se dedica a un pájaro entrometido, pero agité las alas para apaciguarle.

—Espera... —le dije—, no te enfades. Tal vez no tengas nada por lo que preocuparte. Tal vez eso de complicarse la vida no sea tan malo como imaginas...



Aunque evitaba pensar en ello, los relámpagos de las últimas noches y el aire fresco que hinchaba mis plumas al amanecer anunciaban el tiempo del regreso al norte. Hacía días que el león y yo evitábamos hablar de mi vida allí. Hacíamos como si sólo existiese la llanura africana donde me sentía tan feliz. Era la primera vez que me invadía la tristeza ante la posibilidad de emprender el viaje de regreso, no solamente por la ausencia de mi amigo, sino también porque temía que se sintiese solo tras mi partida.

Mis temores se confirmaron una tarde, cuando encontré al león sentado bajo nuestro árbol. Apoyaba su enorme mejilla en una pata como si estuviese muy cansado. La tristeza flotaba en sus ojos azules. Me senté a su lado. Pasamos unos minutos en silencio. El león suspiraba de vez en cuando.

—¿Y? —le pregunté al fin suavemente.

Giró la cabeza despacio y me miró.

—La potrilla no quiere hablarme —dijo despacio, claramente apenado.

—¿Y?... —repetí bajito.

—¡Y yo que sé! —rugió de repente.

Amigos, el león es mi amigo, pero cuando se enfada parece sólo un gato peligroso. Así que di un salto y me refugié en la rama más cercana.

Él levantó la cabeza y me miró avergonzado.

—Anda... baja... —dijo gruñendo—. Lo siento, estoy malhumorado.



Revoloteé grácilmente de nuevo hasta su lado.

—No —le dije—, no estás malhumorado, estás triste. Echas de menos a tu potrilla.

—No lo comprendo, no sé por qué no me habla. No le he hecho nada... —suspiró.

«¡Ahí podría estar la clave!», pensé para mis adentros. Pero, como conocía bien a mi amigo, evité decirlo.

—¿Y qué te ha dicho ella? Alguna razón te habrá dado —repose suavemente.

—¡Que no le dedico tiempo! —espetó el león. Y amigos, aunque no os lo creáis, el león parecía muy extrañado.

—¿Crees que es cierto?

—¡Qué dices! ¡Pero si siempre pienso en ella!... ¡Mañana, tarde y noche! —exclamó sin dudar. De repente se sonrojó y me miró incómodo—. Bueno, quiero decir que me gusta mucho verla y que siempre que puedo voy a buscarla... —Y le salió esa sonrisa tan poco leonina que se lo ponía cuando hablaba de su potrilla—. Pero es tengo tantas cosas urgentes que debo atender... ¡Y ella no lo entiende!

—¿Te refieres al toldo que has hecho esta semana para las flores de tu jardín?

—Exacto —asintió, aliviado—. He tardado tres tardes enteras. Tú estabas allí, a mi lado, incluso me has ayudado a encontrar lianas para asegurarlo a las acacias. Y, claro, no he podido ir a ver a la potrilla. ¿Es que se cree que me gusta más sudar la gota gorda

construyendo el toldo, arrastrando las ramas de palmeras, dejándome las garras ensangrentadas anudando las lianas, que ir a verla? ¡Es ridículo! ¡No tiene sentido! Pero es que, sin ese toldo, las flores se achicharrarían.

—¿Y la semana anterior? ¿Pudiste verla entonces?

—Ay, no, casi no pude, y bien que lo sentí —suspiró el león apesadumbrado—. Pero es que la semana anterior ya sabes que terminamos las excavaciones del túnel que va de la laguna al claro del bosque de los baobabs. ¡Pasé horas y horas poniendo orden en el caos de las cebras y las gacelas! ¡Tú sabes que fue una pesadilla! —exclamó indignado.

—Mmmmm.... —murmuré. Y callé, porque soy un pájaro cauto.

—¿Qué? —dijo él secamente—. Tú eres mi amigo. Estos días a ti tampoco te he hecho demasiado caso, pero no te has quejado.

—Claro, león, pero es que yo siempre estoy a tu lado... Te miro desde las ramas, te ayudo cuando puedo...

—Pero si no haces casi nada —protestó decidido—. No ayudaste con el túnel. Sólo dabas vueltas encima de mi cabeza sin decir ni pío...sin decir ni pío...



—Es verdad, no podía ayudar pero venía a verte y hasta me guiñaste un ojo un par de veces, aunque sólo yo me diese cuenta. Con eso ya me alegraste la tarde...Y además sabía que por la noche cenaríamos juntos y charlaríamos.

—Pero es que la potrilla es grande y no puede aparecer como si nada. Todos la mirarían. Alguna leona incluso intentaría comérsela. ¿Quién la defendería? No me mires así. Ya sabes que yo no puedo —farfulló molesto—. Soy un león.

Reflexioné un rato sobre sus palabras.

—Dices que eres fuerte, pero ¿de qué sirve ser fuerte si no puedes defender lo que quieres? —pregunté con cautela.

Suspiró. Estaba hecho un lío. Los leones, pensé entonces, son espléndidos y fuertes, pero pueden perder de vista lo importante.

—¿No te haría feliz tener a la potrilla a tu lado? ¿Qué te gusta de ella?

Pensó largo tiempo antes de contestarme.

—Es algo extraño —musitó—. Con todos los animales he de ser fuerte y protector, he de tener respuesta para todo... Tengo que saber dónde está el rebaño de cebras, qué hacer cuando se oyen los disparos de los cazadores, quién cuidará de una camada que ha perdido a su leona, cómo excavar el túnel de la laguna, donde ir si no hay agua... Todo

lo he de solucionar yo. No puedo fallarles. Pero, aunque les ayude, todos me tienen miedo. Mi potrilla, en cambio, parece frágil, pero no me teme ni necesita que le diga dónde encontrar agua.

Se le alegró la mirada mientras hablaba de su potrilla.

—¿Por qué no puedes tenerlo todo? —sugerí entonces—. ¿Por qué no puedes cuidar de los animales de la llanura y también disfrutar de la potrilla? Ella podría venir a vivir al árbol con nosotros. Nadie se atrevería a hacerle daño si tú la defendieses. Tardarían unos días en acostumbrarse a veros juntos, pero luego ya ni se fijarían.

Mientras él pensaba, el paisaje cambiaba despacio. Durante unos segundos, pensé que tal vez le había convencido y se me alegró el corazón. Pero al fin mi amigo sacudió la cabeza con pesar.

—Sería muy extraño. No puede ser. Los animales no me tomarán en serio si paso tiempo con una potrilla temblorosa y tímida, y se burlarán si la defiendes de las leonas —dijo el león despacio—. No debemos complicarnos la vida.

Quise decirle: «Los animales de la llanura lo tienen todo: tu presencia, tu amparo, tu paciencia... ¿Qué le queda a la potrilla? ¿Qué te queda a ti?».

Tenía que haber insistido, debí haberle avisado. Pero yo no era un pájaro sabio, aún no había perdido a un amigo.

—El amor que no se expresa no sirve de nada —suspiré.

No supe decirle más. Ahora ya lo sé. El corazón te dice lo que necesitas si le dejas hablar y sabes escucharlo.



Creo que os he contado que los atardeceres son mi momento preferido en la llanura. Es cuando el león y yo regresábamos a nuestro árbol y él frotaba su espalda contra el grueso tronco mientras yo ponía orden en mi nido. Es como si lo estuviera viendo. Luego yo bajaba y me posaba ligero sobre la cabeza de mi amigo, y con delicadeza le sacaba los insectos que asomaban por su crin inmensa. Él cerraba sus ojos azules mientras yo le aseaba y casi podía escucharle ronronear. Charlábamos mientras se apagaba la luz de la llanura y miles de chicharras callaban poco a poco, como una gran orquesta que estuviese recogiendo sus instrumentos antes de irse a dormir. Los sonidos de los pájaros y la luz se diluían hasta que de pronto, imperceptiblemente, era noche cerrada y nos rodeaba el silencio. Cada noche disfrutábamos del esplendor del día que acallaba.

Recuerdo el penúltimo atardecer. Mi amigo parecía triste. Llevaba horas andando de aquí para allá, nervioso. Temí que tuviese algo que ver con su potrilla y decidí preguntarle a bocajarro.

—¿Dónde anda la potrilla?

Hubo un largo silencio, que resaltaba la quietud del atardecer que nos rodeaba. Empezaban a brillar las estrellas. El león miraba al horizonte.

Al fin dijo, con la voz algo temblorosa...

—Se ha ido.

—¿Adónde? —pregunté suavemente.

Él sacudió su melena.

—Dejó recado esta mañana con el rebaño de ñus. Me dijeron que partió al amanecer con las cebras.

—¿Por qué se han ido las cebras?

—No sirvió el túnel. Se derrumbó una parte. Las crías estaban en peligro. Se las han llevado a la laguna del oeste.

Se me encogió el corazón.

—No es culpa tuya, león. Has hecho todo lo que has podido por el túnel.

—Pude haberlo cavado más profundo, pero la tierra estaba muy seca. Lo volveré a intentar después de las lluvias —murmuró.

—¿Dijo la potrilla cuando volvería?

—No dijo nada —contestó lentamente.

—Si dejó recado con los ñus es porque quiere que vayas a buscarla... —sugerí.

—No lo sé —suspiró mi amigo—. Sabe que no puedo abandonar a los demás animales sin reparar el túnel...

Luego batió la tierra seca con su cola y dijo a media voz:

—No voy correr tras una potrilla impaciente que no ha querido esperar.

Le miré sin saber qué decir mientras se encendían las estrellas en el cielo.

—Es tan extraño... —añadió mirando al suelo mientras se estiraba y acomodaba su cabezón entre las patas—. Desde que la potrilla se ha ido, es como si se hubiese apagado toda la música del mundo...

Llegó la hora de la despedida y de mi regreso al norte.

—Te echaré de menos —dijo el león severamente, sin un atisbo de sonrisa.



—Y yo a ti, pero regresaré el año que viene —dijo con más seguridad de la que sentía en realidad. Y es que en momentos como ese recuerdas que el verano, en África, trae cazadores a la llanura, la furia de los hipopótamos, la fuerza de los rayos que pueden partir el árbol más sólido y herir el león más majestuoso. Recuerdas también lo frágil que es la bandada cuando cruza las tormentas que surcan los mares, los miles de kilómetros por atravesar, el cansancio, la soledad y la sed. Recuerdas los postes de luz eléctricos, los ríos que llevan aguas venenosas, los campos áridos sin sembrar y el humo que sale de los bosques quemados que hay que sobrevolar.

—Si tardas en regresar —me dijo el león con un temblor en su voz, como si leyese mis pensamientos— o si el año que viene equivocas el camino o prefieres ir hacia el oeste, entonces tal vez cuando volvamos a vernos mi crin se haya vuelto blanca y yo haya abandonado este árbol porque otro me lo habrá arrebatado... Si tardas, tal vez ya no sepas encontrarme.

—No iré al oeste —aseguré muy resuelto—. Regresaré a nuestro árbol. Si no estás, te buscaré en tu jardín. Sé que no abandonarás a tus flores. Reconoceré sus colores y sus perfumes. Confía en mí.

—Si no tardas, desde luego, allí me encontrarás —dijo el león con voz más serena. Y de pronto pasó otra nube delante de sus ojos y con voz menos firme añadió:

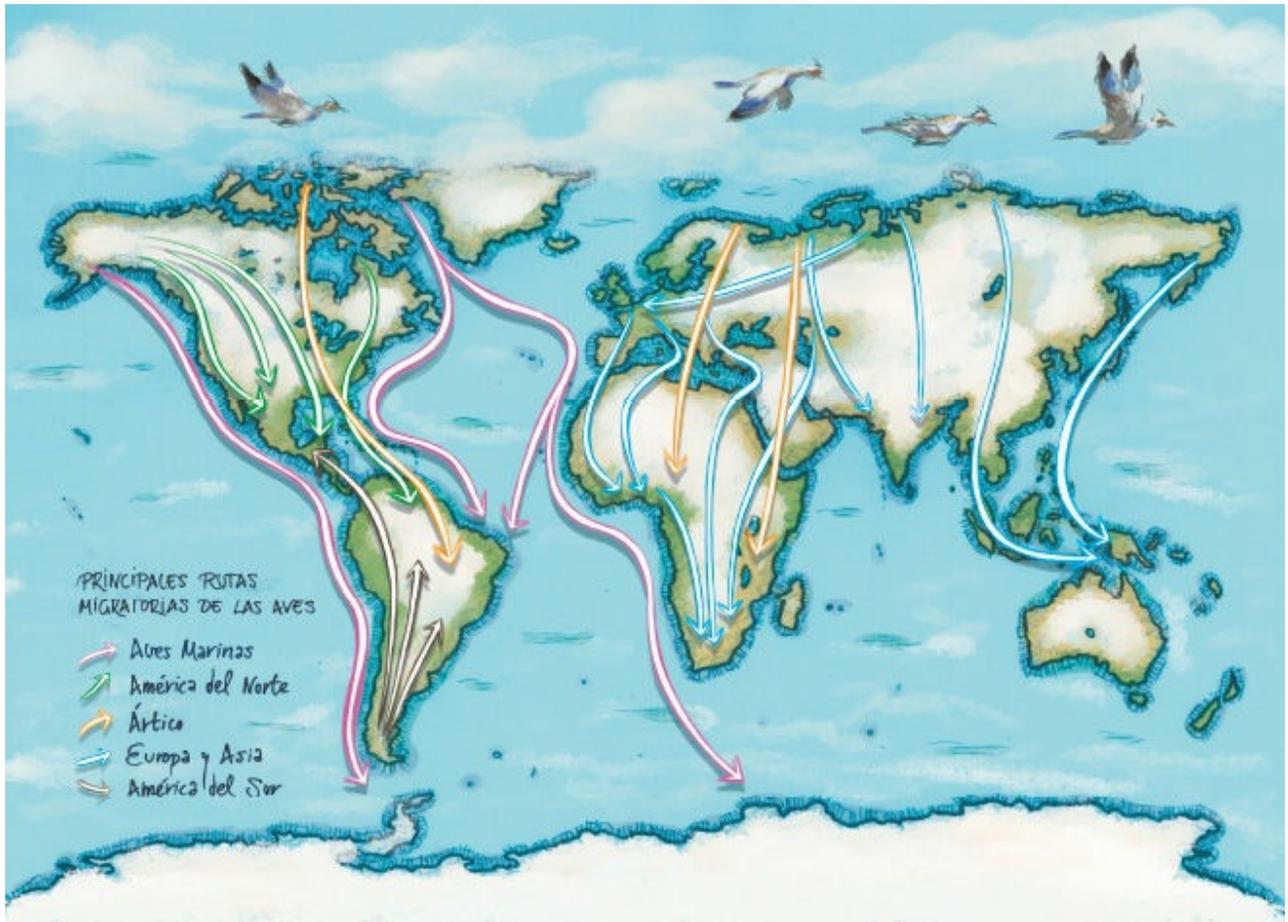
—Claro que... Si tardas mucho, por ejemplo años, tal vez te aburra sentarte a hablar con un león viejo, un león que ya no puede rugir como debe ni mantener a los monos y a las serpientes a raya... Algún día no seré tan impresionante ni podré defenderte con tanta fuerza..., entonces tal vez ya no te interese.

—León —le dije sin dudarlo—, tú siempre has sido guapo y magnífico. Y yo siempre te he admirado. Pero quiero que sepas que aunque fueses menos fuerte y menos impresionante, te querría igual.

No hicieron falta más palabras de despedida. Nos miramos y bailaba la misma luz en nuestros ojos. Así que inclinamos nuestras cabezas hasta casi rozarnos y esta vez no sentí miedo alguno al acercarme al enorme gato.

Di media vuelta y eché a volar.





Notas

* El cerdo hormiguero es capaz de cavar una madriguera de diez metros de largo más rápido que dos humanos con palas. *(Nota del ilustrador.)*

El león jardinero
Elsa Punset

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

© Elsa Punset, 2012

© de las ilustraciones de interior y cubierta Kim Amate, 2012

© Ediciones Destino, S. A., 2012

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2012

ISBN: 978-84-233-4599-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

Índice

Dedicatoria	3
El león jardinero	4
Mapa	34
Notas	35
Créditos	36